



FRAN MELIÀ

# EL RELOJ DEL ARMERO

eivo  
EDITORIAL

NARRATIVA



# **EL RELOJ DEL ARMERO**

Fran Meliá



ELVO EDITORIAL NARRATIVA  
INFO@ELVOEDITORIAL.COM  
WWW.ELVOEDITORIAL.COM

PRIMERA EDICIÓN, SEPTIEMBRE 2020

© FRAN MELIÁ  
© ELVO EDITORIAL  
© DISEÑO CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: DANIEL MOSCUGAT  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DEP. LEGAL: MA 660-2020  
ISBN: 978-84-121247-2-9

QUEDA PROHIBIDA LA DISTRIBUCIÓN, REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL, TRANSFORMACIÓN O COMUNICACIÓN PÚBLICA POR CUALQUIER VÍA SIN CONTAR CON LA AUTORIZACIÓN PREVIA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, SALVO LOS PREVISTOS POR LA LEY.







FRAN MELIÁ

# EL RELOJ DEL ARMERO





## CAPÍTULO 1:

### *El tercer poder.*

*«No hemos venido aquí para conmemorar el día en que unos nuevos señores han subido al poder. Estamos aquí para decirles a esos señores de los partidos de izquierda que su victoria electoral nos la deben a nosotros. La CNT y los anarquistas se han echado a la calle el día de las elecciones... Los hombres de la Generalitat deben su libertad a la generosidad del pueblo. Pero si no dejan en paz a la CNT ¡pronto volverán al lugar de donde han salido!».*

Buenaventura Durruti.  
(Gran Teatro de Barcelona).



*27 de Febrero de 1936*

Aquel hombretón, fuerte, rudo y vigoroso, casi resultaba cómico con aquel delantal colgando de su gruesa nuca. Fregaba plato tras plato, con mucho más entusiasmo que habilidad, mientras controlaba de reojo el cazo que tenía al fuego. Se veía a la legua que aquél no era su hábitat natural. Sin embargo, este hecho no le amedrentaba lo más mínimo. Buenaventura Durruti no era alguien que se amedrentara fácilmente. Su pequeña hija Colette le observaba sin decir nada. Al oír que alguien llamaba a la puerta, se secó las manos con el delantal y fue a abrir.

—Vaya, Durruti. No esperaba verte así.

Las palabras provenían de Manuel Pérez, otro anarquista como él. Al verle de aquella guisa, Pérez y los dos que le acompañaban pudieron resistirse a bromear sobre el asunto.

—Pareces una mujercita —dijo uno.

—Y más aún haciendo las labores de una mujer —bromeó otro, al ver el cazo al fuego y el friegue a medio hacer.

Durruti pareció no hacer caso a las burlas, dio media vuelta y volvió a enfrascarse en su tarea.

—Si mi mujer trabaja, yo también —dijo, sin volverse, mientras enjuagaba un plato—. Y no sólo lo que veis. También hago la cama, me ocupo de la niña y limpio la casa. Si creéis que ser anarquista es estar en un bar o un café mientras tu mujer trabaja, entonces es que no habéis comprendido nada.

Los otros tres callaron sin saber qué replicar. Durruti no es que fuera buen orador pero, sin duda alguna, era muy persuasivo.

—Nuestra revolución no es sólo de clases, sino total —siguió diciendo—. Y a la mujer de uno no se le debe considerar

menos que a cualquier camarada.

Las palabras de Durruti encerraban algo más. Era un amargo resquemor aquéllos que no le daban trabajo. Contra aquéllos que le tenían en la lista negra. Barcelona estaba vetada para él. Conociendo su historial, ningún empresario quería tenerlo en nómina. Por esto, que tenían que subsistir del sueldo de su mujer, Emmilienne, que trabajaba de acomodadora en un cine. Y para alguien como Buenaventura Durruti, esto no era fácilmente digerible, razón por la cual se esmeraba cuanto podía en las tareas de la casa. Hacía muy poco que había salido de la cárcel del Puerto de Santamaría. La cárcel era un lugar bastante habitual para él. Había visitado muchas, en Barcelona, Valencia, África, Canarias...

—El Frente Popular ha cumplido su palabra —dijo Manuel Pérez, cambiando de tercio—. Casi todos los camaradas han salido de prisión.

—Saben que nos deben mucho en su triunfo electoral —replicó enseguida Durruti—. Pero no me fío de ellos. No harán más que pequeñas concesiones para seguir apoyando al capital. Si creen que así vamos a estarnos quietos es porque no nos conocen.

La situación en España en ese febrero de 1936 es tan fácil de explicar como difícil de comprender. Había dos grandes bandos: la derecha, conservadora; y la izquierda, progresista. Pronto haría cinco años desde que se proclamó La República, periodo en el que ambas fuerzas habían accedido al poder durante dos años cada uno. El primer bienio había sido para la izquierda, que acabó desgastándose por el enfrentamiento de sus muchos partidos políticos. Sus reformas, agrarias, militares y religiosas, no dejaron contento a nadie. Para los derechistas, las reformas resultaron ofensivas para sus valores y peligrosas para su economía. Para muchos izquierdistas, sin embargo, se habían quedado muy cortas. Esta situación propició la victoria de la derecha en las elecciones de noviembre de 1933. Se abolieron las reformas impulsadas por la izquierda y el país volvió a experimentar una

represión que recordó a la de los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera. Este endurecimiento favoreció nuevamente la unión de los partidos de izquierda en lo que vino a llamarse como Frente Popular, con el consiguiente triunfo electoral de éstos en las recientes elecciones de ese mismo mes de febrero. Tampoco el periodo de gobierno de la derecha había dejado contento a nadie. La izquierda se sentía ultrajada ante la abolición de sus reformas, y la contundencia de las fuerzas de seguridad aún seguía coleando en sus mentes. Por su parte, los partidos de derechas consideraban estos dos años como una oportunidad perdida. Unos y otros experimentaban un alto grado de frustración y ansias de revancha. Pero esto sólo era la punta del iceberg. La efervescencia e inestabilidad política del país no eran más que el reflejo del enraizado odio que sentían los unos contra los otros. Y aunque no todo el mundo en España era tan extremado, eran éstos los que más se hacían oír.

Pero, aparte de las dos esquinas políticas, había otros. Era un tercer poder, no político, que repudiaba las intrigas de éstos, sus estamentos, su burocracia, pero que también tenía mucho peso específico en el devenir del país. Eran los anarquistas y su sindicato, la CNT. Explicar qué eran los anarquistas resulta hartamente complicado. Su ideología era progresista y renovadora, pero ése no era motivo suficiente para que se alinearan con las izquierdas. Muy al contrario, habían organizado revueltas, atentados y demás escaramuzas tanto cuando gobernaron unos como otros. Sus ideales se enfrentaban a cualquier modelo de gobierno y mucho más al centralizado. Abogaban por comités obreros de ámbito local, con la tierra en poder de los campesinos y las fábricas gestionadas por los propios obreros. Y razón tenía Durruti en afirmar que el triunfo electoral del Frente Popular se debía en gran parte a ellos. En 1933 la derecha había ganado, entre otras cosas, porque los anarquistas habían aleccionado a los suyos para que no fueran a votar. El porcentaje de abstención fue muy alto. En estas últimas elecciones no había sido así y la izquierda, con el voto de muchos anarquistas y anarcosindicalistas especialmente

(anarquistas sindicados en la CNT), se había llevado el gato al agua. De todos modos, los anarquistas seguían sin confiar en el Frente Popular y seguían teniendo como prioridad su revolución obrera. Esta peligrosa amalgama de ideologías y pasiones no presagiaba nada bueno.

—He oído que la Generalitat promulgará mañana un decreto para que los compañeros que fueron despedidos tras lo de octubre sean readmitidos de nuevo en sus puestos —dijo Manuel Pérez.

—Y nosotros nos aseguraremos de que se cumpla —afirmó enseguida Durruti—. Hemos de seguir demostrándoles que cada vez somos más fuertes. De esa fuerza dependerá que ningún dictador, ni de izquierdas ni de derechas, se erija como dueño del país. No podemos permitir que algo así vuelva a ocurrir.

—Es que no creo que eso vuelva a ocurrir nunca más.

—No cometas el error de infravalorar a nadie —replicó Buenaventura Durruti—. Y aún te diré más. Si no conseguimos llevar a cabo nuestra revolución, no dudes que así será.



## CAPÍTULO 2:

### *La olimpiada popular.*

*“En casa hablaba poco de sus actividades. Había muchas cosas que todos, menos yo, sabían. Por ejemplo, el entrenamiento militar antes de julio de 1936, la instrucción para el manejo de las armas. Le aseguro que ellos preveían desde hacía tiempo el golpe de Estado de Franco, y se preparaban para ello. Tenían un campo de tiro en las afueras. Sólo yo no sabía nada. Para mí era un gran misterio, pero los vecinos estaban al corriente”.*

Emilienne Morin.  
(Compañera de Buenaventura Durruti).

